

las Perrerías de Mike 1

MIKECRACK

Y LA ESTRELLA MALDITA



TEAMCOMPAS

m̄

las Perrerías de Mike 1

MIKECRACK

Y LA ESTRELLA MALDITA

m̄r

Mikecrack

Las perrerías de Mike 1 : Mikecrack y la Estrella Maldita /

Mikecrack. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Martínez Roca, 2022.

192 p. ; 22 x 14 cm.

ISBN 978-950-870-194-7

1. Literatura Infantil y Juvenil Española. I. Título.

CDD 863.9282

© Mikecrack, 2022

Edición y fijación del texto: Pol López, Joaquín Bernal, Rodrigo Palacios, 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Javier Jerez, por las ilustraciones de cubierta, el diseño de personajes
y los bocetos, 2022

© Catalina Castillo, por la línea y el color, 2022

Diseño de interiores: Pedro Viejo

Derechos reservados de esta edición

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Martínez Roca®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: abril de 2022

10.000 ejemplares

ISBN 978-950-870-194-7

Impreso en Gráfica Pinter,

Diógenes Taborda 48, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o
por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

ÍNDICE

Capítulo 1	6
Capítulo 2	16
Capítulo 3	26
Capítulo 4	36
Capítulo 5	48
Capítulo 6	60
Capítulo 7.....	74
Capítulo 8	84
Capítulo 9	94
Capítulo 10	104
Capítulo 11.....	114
Capítulo 12	122
Capítulo 13	130
Capítulo 14	140
Capítulo 15	150
Capítulo 16	160
Capítulo 17	170
Capítulo 18	184

CAPÍTULO 1

El sol amaneció brillante entre las montañas del Reino Concordia. Poco a poco sus rayos iluminaron las calles de la pequeña y tranquila Ciudad Cubo. Muy cerca de la casita de Mike y Trollino, un gallo se aclaraba la garganta para anunciar el nuevo día.

Trolli todavía dormía plácidamente en su cama cuando la puerta se abrió de repente. A contraluz se podía intuir la silueta de un perrito.

—¡Ya es de día! ¡Ya es de día! —Mike irrumpió en la habitación como un tornado.

El perro amarillo corrió las cortinas y dejó pasar la luz matinal.

—Ya empezamos otra vez... —dijo Trolli para sus adentros mientras cerraba los ojos con fuerza a causa de la luz.

De la mesita de noche agarró unos tapones para los oídos y con la almohada se cubrió la cabeza.

—¡Bueeeenos díaaaaas, Trolli! —Mike le arrancó la almohada y le gritó tan fuerte que los tapones se le saltaron de las orejas.

—¡Vale ya, pesao! ¡Son las seis de la mañana! —Trollino se cubrió de nuevo con su almohada para protegerse de la luz y Mike empezó a saltar sobre ella.

—¡Hoy es el mejor día de la historia! —Mike daba saltitos por toda la cama.

—El cielo es azul, los pájaros cantan, vivo con la mejor persona del reino y... ¡nos vamos de excursión!

—Ah, sí... La excursión... —Trollino recordó con desgana la promesa que le había hecho a su perro la noche anterior, pero ya se estaba arrepintiendo.





—¡Excursión! ¡Excursión! ¡Excursión!

—Mike saltaba directamente encima de la cabeza de su dueño.

—Está bien... ¡Pero para de una vez, pesao! ¡O no vamos a ninguna parte!

Trollino se puso en pie, bostezando y rascándose la barriga.

—Venga, no te quedes ahí plantado... —le metió prisa Mike—. ¡A desayunar! ¡Necesitamos energía!

—A ver, lo primero es lo primero. Tengo que ir al baño.

—¿Al baño? —respondió Mike desconcertado—. ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿No es evidente? —dijo Trolli mientras se aguantaba el pis.

—Ah, por eso... ¡Ya lo harás en la calle, como todo el mundo!

Mike empezó a arrastrar a su amigo hasta hacerlo bajar a la cocina sin darle oportunidad de ir a vaciar el depósito.

Como un torbellino, el perro abrió todos los cajones en busca de algo bueno para llevarse a la boca. Pero solo encontró aburridas legumbres y verduras en conserva que lanzaba al suelo con asco. Abrió un armario y se metió bien adentro, tirando a su paso todo lo que había en su interior.

—¿Dónde están los Choco-pops? —preguntó Mike desde el interior del armario.

—Los he escondido. No hay Choco-pops hasta que no te tomes este pienso buenísimo y alto en fibra que compré hace un mes.

Trolli mostró un enorme saco de cincuenta kilos con orgullo.

—¿Otra vez con eso? —Mike asomó la cabeza.

—¡Y sal de ahí! ¡Lo estás poniendo todo perdido!

—¿Qué dices? No he perdido nada, está todo en el suelo, ¿acaso no lo ves?

Trolli lo sacó del armario, lo sentó en la mesa y le sirvió un buen bol hasta arriba de pienso.

—¿Los quieres solos o con leche? —le dijo Trolli mientras le mostraba la botella.

—No los quiero —contestó Mike rebotado.

—Hoy no te levantas de la mesa hasta que te los termines.

—¿Te crees que están ricos? Pues cómetelos tú —rabió Mike.

—Son para perros, soy una persona.

—¡Pero yo quiero Choco-pops! ¡Choco-pops! ¡Choco-pops!

—¡Te saldrán granos y te pondrás fofo de tanto chocolate!

—¡Me da igual! ¡No quiero tu piensito!

Mike los rechazó apartando el bol de su lado.

—¡Claro que los quieres! —Trolli, con una mirada seductora, se acercó para susurrarle al oído—: Mira, mira qué saludables, mmmm... —murmuró frotándose la barriga.

—¿Bromeas? Todo es saludable, Trolli. Mira. ¡Hola, mesa! ¡Hola, ventana! ¡Hola, cuchara!

Pero, al saludar a la cuchara, sin querer le dio un golpe y esta catapultó el pienso, que salió despedido del bol. A medida que avanzaba por el aire, el enfado de Trollino iba aumentando y, cuando la masa viscosa aterrizó en el suelo, ya le salía humo de las orejas. En cambio, Mike miraba tan tranquilo la cuchara y trataba de procesar lo que acababa de ocurrir.

—Tal vez sí... —balbuceó Mike pensativo, como si estuviera haciendo cálculos mentales.

—¡Ni lo intentes! —advirtió Trolli al ver que su perro llenaba de nuevo la cuchara para probar a lanzar su contenido aún más lejos.

—¡Acabo de hacer un descubrimiento! —insistía Mike.

—¡Para!

—¡Por el bien de la ciencia!

Y la carga de la cuchara-catapulta salió de nuevo disparada y voló directamente hasta... la cara de Trollino. Si antes estaba enfadado, ahora la cabeza le ardía de la furia.

—¡MIIIIKE! —Tal fue el grito que casi se le escapa una gota de pis—. ¡De esta no te libras! No te muevas de aquí, ¡y no toques nada! —gruñó antes de salir pitando al baño.

«¡La oportunidad perfecta para la prueba definitiva!», pensó Mike en cuanto Trolli salió por la puerta. Pilló tanto pienso como pudo y esculpió una gigantesca bola deforme. Desafiando todas las leyes de la gravedad, la colocó en la cuchara y consiguió que aguantara allí de puro milagro.

Respiró hondo, acumuló fuerzas y... ¡PAM! Le dio un buen golpetazo al mango. La enorme bola de pienso salió disparada, rozando la cabeza de Trolli, que en ese preciso momento volvía del retrete. Atravesó la cocina, el salón y... ¡PAF! Acabó pringando un bonito retrato al óleo de la difunta esposa de Trollino, que estaba colgado en la pared.

—¡Ayyy, Roberta! —exclamó Trolli, que casi se desmaya al ver el estropicio.

Trollino se apresuró a descolgarlo para limpiarlo antes de que la mancha fuese irreversible.

—Yo te ayudo, yo te ayudo —se ofreció Mike al darse cuenta de que esa vez la había liado en serio.

—Quita tus sucias patas de mi cuadro —respondió enfadadísimo.

—¿Qué patas? Iba a limpiarlo a lengüetazos. —Y lamió a su amigo.

—Esta vez te has pasado, Mike. —Trolli estaba muy disgustado—. No estoy para bromas. Lo siento mucho, pero se cancela el paseo.

—¿¡Eh!? Pero ¿qué estás diciendo? ¡Me lo prometiste!

—¡Y tú prometiste portarte bien si íbamos de excursión!

—Ya, pero yo solo soy un perrito parlante. Tú eres un adulto responsable que paga facturas y esas cosas. Así que la culpa es tuya —argumentó Mike cruzándose de brazos muy serio—. Nos vamos.

—No, no nos vamos a ninguna parte.

—Claro que sí. No puedes romper tu promesa así como así.

—¡Ni tú estropear mis cosas!

—Ha sido un daño colateral, ¡por el bien de la ciencia! —respondió Mike.

—Mira, mejor cállate. Yo me quedo aquí a limpiar el retrato y tú en silencio, a reflexionar sobre la que has liado.

—Pues claro que me voy a reflexionar. Reflexionaré tanto que te arrepentirás de habérmelo pedido.

—¡Pues a ver si es verdad! —zanjó Trolli la conversación.

Mike se tumbó en el suelo y se puso a hacer flexiones.

—¡Reflexión uno! ¡Reflexión dos! ¡REFLEXIÓN TRES! —Mike se sofocaba más y más con cada nueva flexión.

—¿¿Acaso sabes qué significa «reflexionar»??

—Pues claro que lo sé. REFLEXIÓN CUATRO... REFLEX...

—¡Que te vayas a un rincón a pensar en lo que has hecho, pe-sao! —ordenó Trolli hecho una furia.

—¡No hay quien te entienda! —le reprochó Mike—. Mejor me voy a sentar allí hasta que te aclares...

Con Mike callado en una esquina, Trollino por fin se puso a restaurar el cuadro y con unas pinzas comenzó a quitar los cachitos de pienso que había por ahí incrustados. Como si fueran balas, cada vez que extraía un trozo lo dejaba en un cubilete de metal.

—Ayyyy, Roberta... ¿Qué hago mal con Mike? Ojalá estuvieras a mi lado... Pero es que es tan... tan...

Dejó de limpiar el cuadro por un momento y espió a su amigo. Mike seguía en silencio, observando el exterior a través de la ventana mientras se rascaba el hocico.

¿Y si la regañina había funcionado?, se preguntó Trollino. Llevaba casi diez minutos sin hacer ninguna trastada. Pero sus dudas se disiparon en un segundo.



—¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Un intruso asalta la casa! —Mike salió como un rayo al jardín.

—¡El cartero no es un intruso! —se alarmó Trolli.

Como cada mañana, el trabajador de correos se dedicaba a entregar los paquetes y a subir las banderitas de todos los buzones del barrio. Menos el de la casa de la calle Descrafteo, porque no había día en el que Mike no apareciera por sorpresa y lo echara de allí a base de gruñidos y mordiscos.

Sin embargo, el cartero era ante todo un profesional y su deber era cumplir con las entregas diarias. Así que, como cada jornada, se armó de valor y entró en el jardín. Esa vez no se oía ni un solo ruido ni se percibía ningún movimiento extraño alrededor.

De repente, una sombra cruzó por detrás. El cartero se giró asustado, pero allí no había nadie. Seguramente se lo habría imaginado, así que siguió avanzando hacia su meta. Ya casi estaba... Le quedaban solo dos pasos para alcanzar el buzón cuando la sombra cruzó veloz delante de él. ¿Se lo habría vuelto a imaginar? Estaba temblando por el miedo, pero como el buzón estaba tan cerca... Aterrorizado, alargó el brazo con el paquete en la mano cuando... ¡ZAS! De la nada apareció Mike, que, hecho una fiera, cayó sobre el cartero ladrando, gruñendo y mordisqueando sus pantalones como hace todo buen perro guardián cuando un extraño entra en casa. El pobre chico logró zafarse de su peor pesadilla como pudo y salió de allí por patas.

Ya en el exterior, Mike observó a los vecinos de Ciudad Cubo paseando felices con sus mascotas. Algunos tenían



perritos, otros gatitos, uno un loro de colores e incluso Timba, el mejor amigo de Trolli, tenía un fiel animal de compañía: una vieja tortuga. ¡Se lo pasaban en grande juntos! Además, la tortuga era tan lenta que Timba se podía echar una siesta en el banco mientras la paseaba con una correa. Parecían hechos el uno para el otro.

Esta estampa fue como una revelación para Mike: había logrado llegar a la reflexión definitiva.

—Mike, te lo he repetido un millón de veces —le regañó Trolli cuando consiguió alcanzarle—. Si siempre espantas al cartero, nunca me llegarán las cosas. Todavía estoy esperando la leña para la chimenea, ¡y estamos en verano!

—Trolli, ya he reflexionado sobre todo lo que ha pasado —le cortó Mike sin prestarle ninguna atención.

—¿De verdad? —dijo Trolli desconcertado.





—Para que me porte mejor..., lo que necesito es... tener un perro. Su amigo se quedó petrificado ante tal reflexión sin sentido.

—¿Te refieres a tener un perro de..., o sea, hablas de buscar una novia y...? —contestó Trolli ruborizado.

—No, de mascota —le tranquilizó Mike.

—Mike, te recuerdo que TÚ ERES LA MASCOTA.

—Ah, así que todos podéis tener una mascota menos yo. Todo el mundo tiene una. Tú me tienes a mí. ¡Incluso Timba tiene a Antonia! Mira qué feliz es con su tortuga.

—¿Una tortuga? ¿En serio? ¿Y por qué tiene Timba una tortuga?

No muy lejos, Timba roncaba en un banco mientras Antonia se comía el césped del parque.

—Estás todo el día trabajando, Trolli... Me aburro muchooo...

—No puedo comprarte una mascota, Mike. Con eso solo tendría más problemas —protestó Trolli.

—¿Qué dices? ¡Será el doble de diversión! Y como jugaré con mi mascota, no te molestaré y podrás trabajar tranquilo.

—¿Pero no ves que tener un perro es mucha responsabilidad?

—dijo Trollino muy serio.

—¡Yo soy superresponsable!

—Sí, claro... ¿Y quién lo va a educar? Y lavar, y alimentar...

—Trolli iba enumerando las tareas con los dedos.

—¡Yo! ¡Yo lo hago todo! Que sí, que sí. Yo le enseño, yo lo baño... y... —Mike también enumeraba con los dedos—. Además, ¡te prometo que se comerá todo el pienso!

—¿Se comerá todo el pienso? —Trollino se quedó pensativo.

—Sí. ¡Todo, todo, todo!

—La verdad es que está a punto de caducar. Sería una lástima tener que tirarlo a la basura... —Después de un largo silencio, Trolli habló de nuevo—: ¿Prometes portarte bien?

—¡LO PROMETO! ¡LO PROMETO! ¡LO PROMETO! —Mike no paraba de dar saltitos de los nervios.

—Vaaaale, veeeenga, vamos a la tienda de animales... —Trollino ya estaba harto de escuchar a ese pesado y se puso en marcha.

—¡Te *jamo*!

Mike no pudo resistirse y abrazó a su dueño rebosante de alegría.